

Viejos sofismas, nuevos expositores *

Cuando un libro no es académico mucho menos puede serlo el comentario que de él se haga. La prosa de Edmundo Flores, fresca como la lluvia de verano, irrumpió en el escenario municipal con su mensaje de optimismo.

Hace 5 años apenas, el autor se refería con sorna a los países donde la gracia de la Reforma Agraria no había sido todavía concedida. Estaba impresionado por la miseria que en esos países coincide con los teleféricos y las autopistas. No tuvo lugar ahora, en su colección de magníficos artículos, para atestiguar la presencia del "metro", los periféricos y las autopistas, la represión y la miseria en su propio país, supues-

to ejemplo de las virtudes innatas de la Reforma Agraria.

Las ortodoxias, detestables para el autor por su olor a claustro, son trocadas en mescolanzas de ideas muertas de economistas vivos, extraídas de sueños intranquilos donde sólo cuenta lo que sirve para dar asiento al deseo incontrolable de ser optimista. ¡A eso le llama heterodoxia!

Para nuestro autor, el espectro malthusiano del hambre universal es sustituido —con ventaja— por el fantasma de la desocupación, compañero fiel, según cree, de la revolución tecnológica contemporánea, de la *revolución verde*, etcétera. La imagen del niño descalzo, del cuida-coches, del portea-

ro, el billetero, el limpiabotas, choca en su cuadro sintomatológico con la del avance tecnológico y científico que, supuestamente, desplaza de su sitio privilegiado a los valores tradicionales.

Para conciliar estas imágenes contradictorias, el optimista no inventa una utopía: le basta con tomar la que ya tenía en mente ese ciudadano mexicano sedicente de "clase media".

La nueva utopía es Suecia, la Suecia del Estado Benefactor (para otros, es Suiza, Japón o Australia). De manera que lo que resulta nuevo, no-heredado, es la nueva mixtura de ingredientes rancios aunque propios de una utopía para el uso de ciudadanos satisfechos, seguros, "maduros", adaptados al papel de tuerca de computadora: "clase media", pues.

Así, después de tronar contra quienes conciben a la Teoría Económica como una ciencia *normativa*, la receta no menos normativa del Estado Benefactor sale al paso de los lectores. Y de la misma manera, después de llamar a cuentas a los que no creen en el determinismo y en la intervención del inconsciente en los actos humanos, sale con su hada madrina del progreso: "*independientemente de las ideologías.... los dos requisitos fundamentales para des-*

arrollar una economía son: 1. El deseo genuino y obsesivo de desarrollarse por parte de los dirigentes de un país y 2. El aumento continuo del producto por hombre ocupado" (p. 39) *Id. est: dejad vuestros dogmas y aceptad el mío.*

Y, para "*seguir una vigorosa política de ocupación plena*", sólo se necesita "*que los dirigentes del país, el sector público, el privado, los intelectuales y la opinión pública se convenzan de que el destino de México, como el de cualquier país moderno, es convertirse en un país industrial, estructuralmente semejante a Italia, Japón o Checoslovaquia, o estancarse*" (p. 116, énfasis mío).

Su llamado es, por lo tanto, a la conciencia de que su utopía dizque —sueca es la única alternativa al estancamiento... pero no nos alarmemos, después de todo los dirigentes serán en lo futuro previamente sicoanalizados (ver p. 38).

Después del chubasco de salud mental para las clases explotadoras, la plaza municipal estaba casi desierta. Sólo quedaban el propio creador-sicoanalista, dos alguaciles, y el campanero de la iglesia y uno que otro que, impregnado de optimismo creyó que después del discurso habría carnicitas. JUVENCIO WING SHUM.

* Edmundo Flores, *VIEJA REVOLUCIÓN, NUEVOS PROBLEMAS*, Editorial Joaquín Mortiz, México, 1970, 126 pp.